

na de esas rutas hubiésemos llegado a meta alguna buena, el mundo no estaría en la triste situación en que se encuentra.

“Examinemos el primer derrotero. Muchos reformadores recelan de lo que llaman *ideas*. Creen que los males del mundo se deben a una organización ineficaz que hay que mejorar mediante legislación nueva y sabias ordenanzas. Los abusos hay que abolirlos, dicen, por medio de medidas prohibitorias, por ingeniosos métodos de procedimientos novedosos. La responsabilidad hay que concentrarla; o que distribuirla. Los períodos de servicio en los puestos públicos hay que alargarlos; o que recortarlos. El número de miembros de los cuerpos de gobierno hay que aumentarlo; o que disminuirlo. Precisa establecer lo que los yanquis llaman *direct primaries, referendum, and recall*. Estos reformadores son muchos. En los campos de la industria y en los de la educación, no cesan sus actividades, removiéndolo todo con la esperanza de evitar fricciones y de aumentar los servicios y la eficacia. La Cámara de los Comunes no hace mucho que reorganizó sus relaciones con la de los Pares. La Liga de Naciones ha tenido que reorganizar las relaciones entre su Consejo y su Asamblea. Todas estas medidas a veces dan buenos resultados. Con frecuencia crean nuevas dificultades. Se exagera la confianza que debemos tener en la virtud de las restricciones y de la regimentación. Lo que hace falta es un *cambio de actitud*, y sin él todo reglamento fracasará. Mientras se permita que los gobiernos los manden los políticos y los adinerados, y hasta influencias extranjeras, no tendrá ni un ápice de valor cambiar la organización de cualquier departamento. Así como en un colegio no se logrará nada con el mero cambio de director. Vendrá otro director, si no igual, peor.

“El segundo derrotero es el de los que no creen en reformas administrativas como única medida, y declaran que lo que falta es el amor al prójimo. Millares de púlpitos nos exhortan diariamente, recordándonos que somos todos hijos de un Padre Común y que debemos ayudarnos los unos a los otros. El Capital, alegan, es demasiado egoísta; o bien el Trabajo está demasiado embebido en sus propios estrechos intereses y no considera los riesgos que el Capital asume. Todos dependemos unos de otros, y el reconocimiento de esta verdad debiera engendrar paciencia mutua y jubilosa cooperación. Olvidémonos en los demás. *¡Hijos míos en Nuestro Señor, amaos los unos a los otros!*”

“Hace más de dieciocho siglos, casi diecinueve, que los cristianos vienen predicando que somos hermanos en Dios; y antes que los cristianos, predicaron esa fraternidad los estoicos. A pesar de cual doctrina, ha existido y existe, campante y flamante, la esclavitud en sus formas más odiosas; ha existido y existe la servidumbre en sus formas más crueles; ha habido y se preparan guerras en sus formas más sangrientas,

guerras provocadas por los egoísmos más sórdidos y bendecidas por los más melosos predicadores de la fraternidad. ¡Valiente ha de ser el predicador que cara a cara se enfrente a estas situaciones; valiente el maestro que se atreva a decir la verdad! El Congreso del Niño hizo oír cómo, en Costa Rica, se asesina a los niños, arrebatándoles su alimento natural, sólo para que algunos individuos, que la sociedad no necesita,—que la manchan más bien que la adornan, que podrían ser adorno adecuado sólo de una horca,—hagan dinero, y con mayor dinero adquieren mayor impunidad para seguir asesinando niños. Hay momentos cuando es cierto que sentimos de manera muy viva la fraternidad humana, pero son momentos fugaces. Hay almas, es cierto también, tan grandes que en ellas cabe amor para toda la humanidad. ¡Cuántas veces creemos que nos igualamos a ellas diciendo cómo las admiramos! Como la beata que cree comulgar con el espíritu de Cristo rindiéndole cursi adoración; como el misionero protestante británico que recibe dinero de los barones que tienen a su pueblo en miseria industrial, y se siente feliz yendo a predicarles el Evangelio a los hindúes. La sospecha, la suspicacia, el odio, congenian más con nuestra naturaleza, por razones obvias, en este mundo de rivalidades sin fin y de común fracaso. Existe, ciertamente, una levadura de bondad que bajo auspicios favorables sabe obrar en los hombres pero no se fomenta tal bondad mediante la exhortación, o ya fuéramos buenos

La figura de Cossío...

(Viene de la página 72)

clases nos hacen recordar las que, según los historiadores, daba Sócrates. Habla más que escribe, y medita más que habla.

Y por meditar más que hablar, Cossío meditó sobre la juventud, apreció su labor, y la amó.

Y al amarla piensa siempre en ella con el cuidado de un padre. Y al amar y sentir por ella, cuando los honores le son ofrecidos, los rechaza en honor de ella. Cuando sus méritos le son reconocidos, los ofrece a ella. Y así, cuando el tino político del Sr. Lerroux le esbozó un deseo que se había diluido en toda España al pensar en el hombre que ha de ser cabeza visible del nuevo Estado, Cossío envuelto en su modestia sentida, en recogimiento íntimo y en desprendimiento amoroso, rechazó la oferta con estas solemnes y significativas palabras:

—No, Lerroux; no es ese puesto para mí. Yo ya me voy. Quede eso para la gente joven; los que vienen ahora. El problema que hay que resolver es el de las treinta mil escuelas que faltan en España.

«Quede eso para la gente joven» ¡Qué diferencia de manera de pensar entre este gran hombre y otros del pasado político de España. El gran error de la anterior política fué el poner tropiezos al paso de la juventud. Por eso el maestro de los maestros, que por conducir juventudes las ama mucho, piensa y medita constantemente sobre ellas. Y les ofrece todo. Todo: vida y honores.

No se puede pedir más a un maestro.

todos los hombres. Hemos, pues, quienes de prédicas, como método para lograr un cambio efectivo hacia el bien, estamos hartos.

“Algunos hay que proponen método distinto, el de la educación. Nadie negará que educación necesitamos. ¡Ay, pero no lo que por educación entendemos! La educación, desde luego, tiene varios fines, y para juzgarla hay que tenerlos en cuenta. Las artes de la lectura y de la escritura y de la regla de tres, son básicas en un mundo de periódicos y de compraventa. Contemos también la preparación técnica y el aprendizaje que capacitan al estudiante para ganarse la vida en algún oficio o profesión de provecho. Estos fines los logra la educación que se imparte en las escuelas, colegios y facultades; desde ese punto de vista la educación es en gran parte un éxito. Además, hay estudios que contribuyen eficazmente a elevar el nivel general de cultura, que cultivan el buen gusto, que estimulan la imaginación, que afirman las capacidades del raciocinio. Unos pocos juzgamos estos aspectos de la educación como indispensables o de inmenso valor. Para los más, tales fines culturales son, a lo mejor, amenidades que no se vinculan estrechamente con los fines de la vida y la meta del éxito mundano. Esa fase educativa es por lo general tradicional y retrospectiva; que tiene que ver con lenguas muertas, con viejos libros admirados, con altas matemáticas carentes de inmediata aplicación, con filosofías e historias más o menos arcaicas, y con la infructuosa forma de la lógica que hasta hace poco creíamos que era la fortaleza principal del hombre contra el asedio del error. A estas disciplinas mentales se ha añadido recientemente una o más ramas de las ciencias naturales.

“Los resultados, sin embargo, de esa llamada *educación liberal* dejan todo qué desear. Quienes, como yo, les tienen un amor entrañable a los libros viejos, y sienten orgullo de saber lo que saben de idiomas antiguos y modernos, y envidian cordialmente a los que dominan las matemáticas, y gustan, como de manjares, de las ciencias naturales; éstos, digo, nos entristecemos de ver que son raros los que reciben la tal educación liberal que hayan adquirido gusto por los libros viejos, por los idiomas, por las ciencias, que hayan aprendido a pensar matemáticamente, que tengan un interés vivo en la filosofía, que hayan adquirido visión honda de la naturaleza que han estudiado. Ello me mueve a decir que sospecho que la educación que llamamos liberal es un continuo aborto, pues no logra madurar y haber vida propia.

“Son tres los fines educativos que he enumerado; los tres tienen un propósito común. Los tres se encaminan a realzar las probabilidades del éxito *personal*; o a aumentar la cultura y el goce intelectual y literario *personales*. No hay aquí propósito alguno que tienda a preparar al indivi-